

El fugitivo

Por Rodrigo Fresán

Cuando Philip K. Dick afirmó –a la hora de establecer una diferencia entre géneros que "el cuento trata sobre el asesinato y la novela sobre el asesino"– seguramente estaba pensando en *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski como forma paradigmática de la novela.

Libro madre a la hora de parir una estética de la mente criminal –sus efectos siguen vigentes y pasan tanto por Jim Thompson como por Bret Easton Ellis y Albert Camus–, su publicación en 1866 como folletín en la revista *Apuntes patrios* provocó maravilla y polémica.

El periódico liberal *La Voz* aseguró que "promete ser una de las obras capitales del autor" mientras que el más revolucionario *El contemporáneo* la acusó como un ataque apenas velado al estudiantado en particular y la juventud en general.

Una cosa era cierta: Rodión Raskólnikov podía ser "entendido" como un alegato contra una sociedad que impulsa al asesinato por desesperación o como radiografía de una mente joven y perturbada; pero todo el mundo leyó *Crimen y castigo* durante ese 1886 y no se habló de otra cosa en San Petersburgo, ciudad que casi se convertía en otro de los grandes protagonistas del libro.

La intención del libro donde Raskólnikov mata a una vieja usurera para –luego de un descenso a los infiernos de la culpa– descubrir que en realidad se ha matado a sí mismo era para Dostoievski una forma de "hacer una alusión a que la pena jurídica impuesta le asusta al criminal mucho menos de lo que creen los legisladores, en parte porque *él mismo la exige moralmente*".

Alrededor de este idea giran –con el ritmo panorámico y cinemascope de toda novela rusa– personajes inolvidables como Dunia, Luzhin y la prostituta Sonia.

Al final, en un epílogo, el autor se despide de sus personajes y acaso insinúa que la novela podría continuarse como historia de amor a partir del reencuentro de Raskólnikov y Sonia: "Pero aquí arranca otra historia, la historia de la gradual renovación del hombre, la historia de su regeneración gradual, de su gradual transición de un mundo a otro, de su iniciación en una realidad totalmente desconocida hasta entonces. Esto podría servir de tema para un nuevo relato; pero este relato nuestro de ahora ha terminado", casi se disculpa.

Lo que nunca termina, lo que se puede leer una y otra vez –rewind, play, como en un video– es ese momento definitivo y definitorio donde Raskólnikov mata a esa vieja de porquería.

Y nosotros somos –desde entonces, de un modo u otro, para siempre, como lo quería Dostoievski– cómplices partícipes del crimen.

Crimen

Por Fiodor Dostoieski

Igual que la vez anterior, la puerta sólo se entreabrió una rendija y dos ojos penetrantes y suspicaces se clavaron en él desde la oscuridad. Raskólnikov se desconcertó y estuvo a punto de cometer un grave error.

Temeroso de que la vieja se asustara al verle solo y de que su aspecto no la tranquilizara, agarró la puerta y tiró de ella por si se le ocurría a la vieja volver a cerrarla. Al darse cuenta, ella no lo intentó, pero tampoco soltó el picaporte de la cerradura, de modo que Raskólnikov estuvo a punto de sacarla al descansillo con la puerta. Viendo que seguía plantada en el hueco sin dejarle paso, fue derecho a ella. La vieja se apartó asustada, y quiso decir algo, pero al parecer no pudo y se quedó mirándole con los ojos muy abiertos.

–Buenas tardes, Aliona Ivánovna –comenzó Raskólnikov con la mayor desenvoltura que pudo; pero le falló la voz, que se le quebró temblorosa–. Le he traído... una prenda... Pero mejor será que nos acerquemos ahí... a la luz... –Y, apartándola, se coló en el cuarto sin esperar su invitación.

La vieja corrió tras él, ya suelta la lengua.

–¡Dios santo! Pero ¿qué quiere?... ¿Quién es usted? ¿Qué se le ofrece?

–¡Pero Aliona Ivánovna! Si me conoce usted. Soy Raskólnikov... Mire: le he traído la prenda de que le hablé el otro día... –Y alargó el envoltorio.

Entonces Raskólnikov golpeó una vez más, y otra, siempre con la pala del hacha, siempre en lo alto del cráneo. Brotó la sangre, como de un vaso volcado, y el cuerpo cayó de espaldas.

La vieja apenas si lo miró de soslayo y enseguida clavó sus ojos en los del inesperado visitante. Le observaba con atención, malevolencia y suspicacia. Transcurrió cosa de un minuto y a él le pareció discernir en aquella mirada algo semejante a la burla, como si la vieja lo hubiera adivinado ya todo. Notó que se desconcertaba, que casi le entraba miedo, tanto miedo que, de haber seguido ella mirándole así medio minuto más, sin decir una palabra, habría salido huyendo.

–¿Por qué me mira como si no me conociera? –preguntó de pronto, también con inquina–. Si lo quiere, lo coge; si no, iré a otra parte. Tengo prisa.

No pensaba decir eso, pero le había salido así de pronto.

La vieja se rehizo y el tono resuelto del visitante pareció animarla.

–¿Qué te ha entrado de pronto, *bátiushka*?.. ¿Qué es esto? –preguntó mirando el envoltorio.

–Una pitillera de plata; ya se lo dije la vez pasada.

–¿Cómo está tan pálido? ¡Pero si le tiemblan las manos! Es que ha estado bañándose, *bátiushka?*

–Es cosa de la fiebre –contestó entrecortadamente–. Cualquiera se pone pálido aunque no quiera... si no tiene qué comer –añadió sin articular apenas las palabras. Las fuerzas le abandonaban de nuevo. Pero la respuesta era verosímil; la vieja tomó la prenda.

–¿Qué es? –preguntó, observando de nuevo a Raskólnikov con atención y sopesando la prenda.

–Un objeto... una pitillera... de plata... mírela.

–Pues no parece que sea de plata... ¡Y vaya si la ha envuelto bien!

Tratando de desatar el bramante y vuelta hacia la ventana, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas a pesar del calor), se desentendió de él por unos segundos y le volvió la espalda. Raskólnikov se desabrochó el abrigo y liberó el hacha del nudo, pero sin sacarla del todo, limitándose a sostenerla con la mano derecha debajo de la ropa. Tenía una tremenda flojedad en los brazos y notaba cómo se le entumecían y anquilosaban por momentos. Temía que el hacha se le escapara de las manos y cayera al suelo... De pronto, notó una especie de vértigo.

–¡Vaya una manera de envolver! –gritó la vieja contrariada con intención de volverse hacia él.

No se podía perder ni un momento más. Raskólnikov extrajo del todo el hacha, la enarboló con ambas manos, apenas consciente de lo que hacía, y casi maquinalmente, apenas sin esfuerzo la descargó en la cabeza por el lado de la pala. Estaba como desfallecido; pero, en cuanto descargó el hacha, renacieron sus fuerzas.

Como de costumbre, la vieja no llevaba nada a la cabeza. Sus escasos cabellos, rubios y entrecanos, muy untados de grasa, estaban trenzados en una coleta parecida a una cola de ratón y recogidos en la nuca bajo los restos de un peinecillo de concha. El golpe había pegado en lo alto del cráneo debido a su escasa estatura. Lanzó un grito, pero muy débil, y se desplomó de golpe, aunque todavía tuvo tiempo de levantar ambas manos hacia la cabeza. En una de ellas tenía aún agarrada la "prenda". Entonces Raskólnikov golpeó una vez más, y otra, siempre con la pala del hacha, siempre en lo alto del cráneo. Brotó la sangre, como de un vaso volcado, y el cuerpo cayó de espaldas. El retrocedió, dejó que cayera del todo y enseguida se inclinó sobre su cara; ya estaba muerta. Tenía los ojos abultados, como si fueran a salírsele de las órbitas, y la frente y todo el rostro arrugados y contraídos por una convulsión.

Raskólnikov dejó el hacha en el suelo, junto a la muerta y procurando no mancharse de sangre, se puso a rebuscar en un bolsillo, el mismo bolsillo del lado derecho de donde la vieja había sacado las llaves la vez anterior. Raskólnikov estaba en su sano juicio, no sentía confusión ni vértigo, pero aún le temblaban las manos. Más tarde recordaría que había puesto mucha atención y cuidado, procurando no mancharse... Enseguida sacó las llaves; como entonces, estaban en una anilla de acero, formando un manojo. Corrió con ellas al dormitorio. Era una habitación muy reducida, con una enorme urna llena de iconos. En la pared opuesta había una cama grande, muy pulcra, cubierta con un edredón de retales de seda. En la tercera pared estaba la cómoda. Le ocurrió algo extraño: en cuanto empezó a probar las llaves en la cerradura de la cómoda, nada más oír su tintineo, le pareció que un escalofrío le recorría el cuerpo. Súbitamente, volvió a sentir el impulso de dejarlo todo y escapar. Pero sólo fue un instante. Ya era tarde para marcharse. Incluso se dirigió una sonrisa irónica cuando le asaltó otra idea inquietante: la vieja podía estar viva todavía y aún podía recobrar el sentido. Dejando las llaves y la cómoda, corrió hacia donde se encontraba el cuerpo, agarró el hacha y la enarboló otra vez sobre la vieja, pero no la descargó. No cabía duda de que estaba muerta. Al inclinarse y observarla más de cerca, vio claramente que tenía el cráneo partido e incluso un poco desplazado. Iba a tocarla con un dedo, pero retiró la mano; además la cosa era evidente. Entre tanto, la sangre había formado ya un charco. En esto advirtió que la vieja llevaba un cordón al cuello y tiró de él, pero el cordón era fuerte y no se rompía; además, estaba impregnado de sangre. Probó a sacarlo por el escote del vestido, pero algo lo retenía y se quedaba atascado. En su impaciencia, iba a levantar de nuevo el hacha para cortar el cordón allí mismo, sobre el cuerpo desde arriba, pero no se atrevió. Finalmente, al cabo de un par de minutos de forcejeo, después de manchar el hacha y mancharse las manos, cortó el cordón sin rozar el cuerpo con el hacha y tiró de él. No se había equivocado; del cordón colgaban además de dos crucifijos –uno de madera de ciprés y otro de cobre–, una medallita de porcelana, una pequeña bolsa mugrienta, de ante, con borde y argolla de acero. La bolsa estaba repleta. Raskólnikov se la guardó en el bolsillo, sin mirarla, dejó las cruces sobre el pecho de la vieja y volvió corriendo al dormitorio, esta vez con el hacha en la mano. Con una precipitación espantosa agarró las llaves y empezó a probarlas, pero sin resultado: no entraban en las cerraduras. No tanto por el temblor de las manos sino por lo ofuscado que estaba, veía que una llave no podía encajar allí, y seguía probando. De pronto se acordó y cayó en la cuenta de que la llave grande de las muescas que estaba allí con las otras pequeñas no podía ser en modo alguno de la cómoda (como se le había ocurrido la vez anterior) sino de algún cofre y que quizá estuviera todo escondido en ese cofre. Se desentendió de la cómoda y enseguida rebuscó debajo de la cama,

De *Crimen y castigo* (Cátedra) Se agr

Crimen y castigo

Por Fiodor Dostoieski

Igual que la vez anterior, la puerta sólo se entreabrió una rendija y dos ojos penetrantes y suspicaces se clavaron en él desde la oscuridad. Raskólnikov se desconcertó y estuvo a punto de cometer un grave error.

Temeroso de que la vieja se asustara al verle solo y de que su aspecto no la tranquilizara, agarró la puerta y tiró de ella por si se le ocurría a la vieja volver a cerrarla. Al darse cuenta, ella no lo intentó, pero tampoco soltó el picaporte de la cerradura, de modo que Raskólnikov estuvo a punto de sacarla al descansillo con la puerta. Viendo que seguía plantada en el hueco sin dejarle paso, fue derecho a ella. La vieja se apartó asustada, y quiso decir algo, pero al parecer no pudo y se quedó mirándole con los ojos muy abiertos.

–Buenas tardes, Aliona Ivánovna –comenzó Raskólnikov con la mayor desenvoltura que pudo; pero le falló la voz, que se le quebró temblorosa–. Le he traído... una prenda... Pero mejor será que nos acerquemos ahí... a la luz... –Y, apartándola, se coló en el cuarto sin esperar su invitación.

La vieja corrió tras él, ya suelta la lengua.

–¡Dios santo! Pero ¿qué quiere?... ¿Quién es usted? ¿Qué se le ofrece?

–¡Pero Aliona Ivánovna! Si me conoce usted. Soy Raskólnikov... Mire: le he traído la prenda de que le hablé el otro día... –Y alargó el envoltorio.

Entonces Raskólnikov golpeó una vez más, y otra, siempre con la pala del hacha, siempre en lo alto del cráneo. Brotó la sangre, como de un vaso volcado, y el cuerpo cayó de espaldas.

La vieja apenas si lo miró de soslayo y enseguida clavó sus ojos en los del inesperado visitante. Le observaba con atención, malevolencia y suspicacia. Transcurrió cosa de un minuto y a él le pareció discernir en aquella mirada algo semejante a la burla, como si la vieja lo hubiera adivinado ya todo. Notó que se desconcertaba, que casi le entraba miedo, tanto miedo que, de haber seguido ella mirándole así medio minuto más, sin decir una palabra, habría salido huyendo.

–¿Por qué me mira como si no me conociera? –preguntó de pronto, también con inquina–. Si lo quiere, lo coge; si no, iré a otra parte. Tengo prisa.

No pensaba decir eso, pero le había salido así de pronto.

La vieja se rehizo y el tono resuelto del visitante pareció animarla.

–¿Qué te ha entrado de pronto, *bátiushka*?.. ¿Qué es esto? –preguntó mirando el envoltorio.

–Una pitillera de plata; ya se lo dije la vez pasada.

–¿Cómo está tan pálido? ¡Pero si le tiemblan las manos! Es que ha estado bañándose, *bátiushka?*

–Es cosa de la fiebre –contestó entrecortadamente–. Cualquiera se pone pálido aunque no quiera... si no tiene qué comer –añadió sin articular apenas las palabras. Las fuerzas le abandonaban de nuevo. Pero la respuesta era verosímil; la vieja tomó la prenda.

–¿Qué es? –preguntó, observando de nuevo a Raskólnikov con atención y sopesando la prenda.

–Un objeto... una pitillera... de plata... mírela.

–Pues no parece que sea de plata... ¡Y vaya si la ha envuelto bien!

Tratando de desatar el bramante y vuelta hacia la ventana, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas a pesar del calor), se desentendió de él por unos segundos y le volvió la espalda. Raskólnikov se desabrochó el abrigo y liberó el hacha del nudo, pero sin sacarla del todo, limitándose a sostenerla con la mano derecha debajo de la ropa. Tenía una tremenda flojedad en los brazos y notaba cómo se le entumecían y anquilosaban por momentos. Temía que el hacha se le escapara de las manos y cayera al suelo... De pronto, notó una especie de vértigo.

–¡Vaya una manera de envolver! –gritó la vieja contrariada con intención de volverse hacia él.

No se podía perder ni un momento más. Raskólnikov extrajo del todo el hacha, la enarboló con ambas manos, apenas consciente de lo que hacía, y casi maquinalmente, apenas sin esfuerzo la descargó en la cabeza por el lado de la pala. Estaba como desfallecido; pero, en cuanto descargó el hacha, renacieron sus fuerzas.

Como de costumbre, la vieja no llevaba nada a la cabeza. Sus escasos cabellos, rubios y entrecanos, muy untados de grasa, estaban trenzados en una coleta parecida a una cola de ratón y recogidos en la nuca bajo los restos de un peinecillo de concha. El golpe había pegado en lo alto del cráneo debido a su escasa estatura. Lanzó un grito, pero muy débil, y se desplomó de golpe, aunque todavía tuvo tiempo de levantar ambas manos hacia la cabeza. En una de ellas tenía aún agarrada la "prenda". Entonces Raskólnikov golpeó una vez más, y otra, siempre con la pala del hacha, siempre en lo alto del cráneo. Brotó la sangre, como de un vaso volcado, y el cuerpo cayó de espaldas. Él retrocedió, dejó que cayera del todo y enseguida se inclinó sobre su cara; ya estaba muerta. Tenía los ojos abultados, como si fueran a salírsele de las órbitas, y la frente y todo el rostro arrugados y contraídos por una convulsión.

Raskólnikov dejó el hacha en el suelo, junto a la muerta y procurando no mancharse de sangre, se puso a rebuscar en un bolsillo, el mismo bolsillo del lado derecho de donde la vieja había sacado las llaves la vez anterior. Raskólnikov estaba en su sano juicio, no sentía confusión ni vértigo, pero aún le temblaban las manos. Más tarde recordaría que había puesto mucha atención y cuidado, procurando no mancharse... Enseguida sacó las llaves; como entonces, estaban en una anilla de acero, formando un manojo. Corrió con ellas al dormitorio. Era una habitación muy reducida, con una enorme urna llena de iconos. En la pared opuesta había una cama grande, muy pulcra, cubierta con un edredón de retales de seda. En la tercera pared estaba la cómoda. Le ocurrió algo extraño: en cuanto empezó a probar las llaves en la cerradura de la cómoda, nada más oír su tintineo, le pareció que un escalofrío le recorría el cuerpo. Súbitamente, volvió a sentir el impulso de dejarlo todo y escapar. Pero sólo fue un instante. Ya era tarde para marcharse. Incluso se dirigió una sonrisa irónica cuando le asaltó otra idea inquietante: la vieja podía estar viva todavía y aún podía recobrar el sentido. Dejando las llaves y la cómoda, corrió hacia donde se encontraba el cuerpo, agarró el hacha y la enarboló otra vez sobre la vieja, pero no la descargó. No cabía duda de que estaba muerta. Al inclinarse y observarla más de cerca, vio claramente que tenía el cráneo partido e incluso un poco desplazado. Iba a tocarla con un dedo, pero retiró la mano; además la cosa era evidente. Entre tanto, la sangre había formado ya un charco. En esto advirtió que la vieja llevaba un cordón al cuello y tiró de él, pero el cordón era fuerte y no se rompía; además, estaba impregnado de sangre. Probó a sacarlo por el escote del vestido, pero algo lo retenía y se quedaba atascado. En su impaciencia, iba a levantar de nuevo el hacha para cortar el cordón allí mismo, sobre el cuerpo desde arriba, pero no se atrevió. Finalmente, al cabo de un par de minutos de forcejeo, después de manchar el hacha y mancharse las manos, cortó el cordón sin rozar el cuerpo con el hacha y tiró de él. No se había equivocado; del cordón colgaban además de dos crucifijos –uno de madera de ciprés y otro de cobre–, una medallita de porcelana, una pequeña bolsa mugrienta, de ante, con borde y argolla de acero. La bolsa estaba repleta. Raskólnikov se la guardó en el bolsillo, sin mirarla, dejó las cruces sobre el pecho de la vieja y volvió corriendo al dormitorio, esta vez con el hacha en la mano. Con una precipitación espantosa agarró las llaves y empezó a probarlas, pero sin resultado: no entraban en las cerraduras. No tanto por el temblor de las manos sino por lo ofuscado que estaba, veía que una llave no podía encajar allí, y seguía probando. De pronto se acordó y cayó en la cuenta de que la llave grande de las muescas que estaba allí con las otras pequeñas no podía ser en modo alguno de la cómoda (como se le había ocurrido la vez anterior) sino de algún cofre y que quizá estuviera todo escondido en ese cofre. Se desentendió de la cómoda y enseguida rebuscó debajo de la cama, a sabiendas de que las viejas suelen guardar allí los cofres. Así era: allí había un cofre bastante grande, de más de un *arshin* (1) de largo, con la tapa abombada, revestido de tafilete rojo y claveteado de acero. La llave de las muescas lo abrió sin ninguna dificultad. Encima de todo, y recubierto con una sábana blanca, había un abrigo de piel de liebre con vueltas de raso rojo; debajo del abrigo, un vestido de seda, un chal y luego, en el fondo, sólo parecía haber pingos. Ante todo, se limpió las manos manchadas de sangre en el raso rojo. "Es rojo, y en lo rojo no se notará la sangre", se dijo, pero de repente cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. "¡Dios santo! ¿Es que me he vuelto loco?", pensó asustado.

Sin embargo, no hizo más que remover un poco la ropa cuando se deslizó un reloj de oro debajo del abrigo. Se puso a revolverlo todo. En efecto, entre la ropa había objetos de oro –pulseras, pendientes, alfileres, etc.–, probablemente empeñados todos, con el plazo vencido en unos casos y en otros no. Unos estaban en estuches y otros envueltos sencillamente en papel de periódico, pero esmerada y cuidadosamente, en hojas dobles, y atados con cintas. Al instante se puso a llenar con ellos los bolsillos del pantalón y del gabán, sin examinarlos y sin abrir los envoltorios ni los estuches, pero no le dio tiempo de coger muchos...

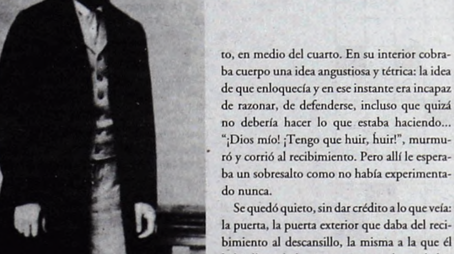
De pronto oyó pasos en la habitación donde se hallaba la vieja. Se detuvo y se quedó quieto como un muerto. Pero todo estaba en silencio, de modo que había sido una figuración suya. Sin embargo, oyó un breve grito, como si alguien hubiese gemido ahogada y entrecortadamente, callándose enseguida. Luego se hizo de nuevo el silencio absoluto durante un minuto o dos. En cuclillas junto al cofre, él esperaba sin respirar apenas, pero de repente se incorporó de un salto, agarró el hacha y salió corriendo del dormitorio.

En medio de la habitación estaba Lizaveta, con un gran envoltorio entre los brazos, blanca como la pared y aparentemente sin fuerzas para gritar, contemplando estupefacta a su hermana muerta. Al verle entrar de sopetón se puso a temblar como la hoja de un árbol, con todo el rostro convulsionado. Levantó una mano, quiso abrir la boca, pero no llegó a gritar y se fue alejando de él, lentamente, de espaldas, hacia un rincón, mirándole fijamente a la cara, pero siempre sin gritar, como si le faltara aliento para ello. Raskólnikov se abalanzó sobre ella con el hacha; los labios de la mujer se contrajeron con expresión tan lastimera como la de los niños cuando algo empieza a asustarles y ellos, a punto de gritar, miran fijamente el objeto que los asusta. La desdichada Lizaveta era tan simple, estaba tan acogotada y atemorizada de toda la vida, que ni siquiera levantó un brazo para protegerse el rostro, aunque ése hubiera sido el gesto más imperiosamente natural en ese instante porque el hacha se alzaba justo delante de su cara. Se limitó a levantar la mano izquierda, que tenía libre, ni siquiera a la altura del rostro, y adelantarla lentamente hacia él, como apartándole. El hachazo, asestado con el filo, le dio de pleno en el cráneo y le partió de golpe toda la parte superior de la frente, casi hasta la coronilla. Se desplomó de una pieza. Sin poderse controlar, Raskólnikov agarró el bulto, lo volvió a soltar y escapó hacia el recibimiento.

El terror iba dominándole más y más, sobre todo después de aquel segundo asesinato, totalmente inesperado. Quería huir de allí cuanto antes. Y si en aquel momento se hubiera hallado en condiciones de analizar las cosas y razonar si hubiera podido imaginar todas las dificultades, el horror y la incoherencia de su situación desesperada, percatándose además de cuántos obstáculos y cuántas atrocidades tendría que superar y cometer aún para escapar de allí y llegar a su casa, es muy probable que lo hubiera abandonado todo y se hubiera entregado a la justicia, y ni siquiera por miedo sino por el horror y la repugnancia que le inspiraba lo que había hecho. La repugnancia, sobre todo, se alzaba y crecía dentro de él a cada minuto. Por nada del mundo habría vuelto ahora hacia el cofre ni a la habitación.

Empezaba a embargarle paulatinamente cierto aturdimiento o incluso algo así como un espejismo: había momentos en que parecía inhibirse o, mejor dicho, olvidarse de lo esencial para fijarse en los pormenores. Sin embargo, al asomarse a la cocina y ver un cubo medio lleno de agua encima de un banco se le ocurrió la idea de lavarse las manos y lavar el hacha. Tenía las manos manchadas de sangre y pegajosas. Metió la cabeza del hacha en el agua, cogió un trozo de jabón que había sobre el poyo de la ventana en un platillo desportillado y empezó a lavarse las manos en el cubo. Cuando las tuvo limpias, sacó el hacha, lavó la parte metálica y luego estuvo un buen rato, unos tres minutos, relavando el mango de madera en los sitios ensangrentados e incluso frotando la sangre con jabón. Después lo enjugó todo con la ropa puesta a secar en una cuerda que cruzaba la cocina y estuvo mucho tiempo examinando el hacha junto a la ventana. No quedaban huellas; únicamente el mango estaba todavía húmedo. Colgó con cuidado el hacha del lazo, debajo del gabán, y pasó a inspeccionar el propio gabán, el pantalón y las botas, en la medida en que se lo permitía la escasa claridad de la cocina. Exteriormente y a primera vista, no parecía que hubiera nada. Sólo las botas tenían algunas manchas. Mojó un trapo y las frotó con él. Aunque sabía que la poca luz no le permitía ver bien y quizá hubiera algo que saltaba a la vista y él no discernía. Se detuvo, absorto, en medio del cuarto. En su interior cobraba cuerpo una idea angustiosa y tétrica: la idea de que enloquecía y en ese instante era incapaz de razonar, de defenderse, incluso que quizá no debería hacer lo que estaba haciendo... "¡Dios mío! ¡Tengo que huir, huir!", murmuró y corrió al recibimiento. Pero allí le esperaba un sobresalto como no había experimentado nunca.





El terror iba dominándole más y más, sobre todo después de aquel segundo asesinato, totalmente inesperado. Quería huir de allí cuanto antes.

Se quedó quieto, sin dar crédito a lo que veía: la puerta, la puerta exterior que daba del recibimiento al descansillo, la misma a la que él había llamado hacía un rato y por la que había entrado, no estaba cerrada sino entreabierta cosa de un palmo. ¡Todo el tiempo, durante todo ese tiempo, no había estado cerrado el cerrojo, ni siquiera echado el pestillo! Cuando él entró, la vieja no lo hizo, quizá por precaución. ¡Pero, Dios! ¿No había visto luego a Lizaveta? ¿Cómo no cayó en la cuenta de que de alguna manera había entrado, de que no se había filtrado por las paredes?

Corrió la puerta y echó el cerrojo.

(1) Antigua medida rusa equivalente a 0,71 m.

De *Crimen y castigo* (Cátedra) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

y castigo

a sabiendas de que las viejas suelen guardar allí los cofres. Así era: allí había un cofre bastante grande, de más de un *arshin* (1) de largo, con la tapa abombada, revestido de tafilete rojo y claveteado de acero. La llave de las muescas lo abrió sin ninguna dificultad. Encima de todo, y recubierto con una sábana blanca, había un abrigo de piel de liebre con vueltas de raso rojo; debajo del abrigo, un vestido de seda, un chal y luego, en el fondo, sólo parecía haber pingos. Ante todo, se limpió las manos manchadas de sangre en el raso rojo. "Es rojo, y en lo rojo no se notará la sangre", se dijo, pero de repente cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. "¡Dios santo! ¿Es que me he vuelto loco?", pensó asustado.

Sin embargo, no hizo más que remover un poco la ropa cuando se deslizó un reloj de oro debajo del abrigo. Se puso a revolverlo todo. En efecto, entre la ropa había objetos de oro –pulseras, pendientes, alfileres, etc.–, probablemente empeñados todos, con el plazo vencido en unos casos y en otros no. Unos estaban en estuches y otros envueltos sencillamente en papel de periódico, pero esmerada y cuidadosamente, en hojas dobles, y atados con cintas. Al instante se puso a llenar con ellos los bolsillos del pantalón y del gabán, sin examinarlos y sin abrir los envoltorios ni los estuches, pero no le dio tiempo de coger muchos...

De pronto oyó pasos en la habitación donde se hallaba la vieja. Se detuvo y se quedó quieto como un muerto. Pero todo estaba en silencio, de modo que había sido una figuración suya. Sin embargo, oyó un breve grito, como si alguien hubiese gemido ahogada y entrecortadamente, callándose enseguida. Luego se hizo de nuevo el silencio absoluto durante un minuto o dos. En cuclillas junto al cofre, él esperaba sin respirar apenas, pero de repente se incorporó de un salto, agarró el hacha y salió corriendo del dormitorio.

En medio de la habitación estaba Lizaveta, con un gran envoltorio entre los brazos, blanca como la pared y aparentemente sin fuerzas para gritar, contemplando estupefacta a su hermana muerta. Al verle entrar de sopetón se puso a temblar como la hoja de un árbol, con todo el rostro convulsionado. Levantó una mano, quiso abrir la boca, pero no llegó a gritar y se fue alejando de él, lentamente, de espaldas, hacia un rincón, mirándole fijamente a la cara, pero siempre sin gritar, como si le faltara aliento para ello. Raskólnikov se abalanzó sobre ella con el hacha: los labios de la mujer se contrajeron con expresión tan lastimera como la de los niños cuando algo empieza a asustarles y ellos, a punto de gritar, miran fijamente el objeto que los asusta. La desdichada Lizaveta era tan simple, estaba tan acogotada y atemorizada de toda la vida, que ni siquiera levantó un brazo para protegerse el rostro, aunque ése hubiera sido el gesto más imperiosamente natural en ese instante porque el hacha se alzaba justo delante de su cara. Se limitó a levantar la mano izquierda, que tenía libre, ni siquiera a la altura del rostro, y adelantarla lentamente hacia él, como apartándole. El hachazo, asestado con el filo, le dio de pleno en el cráneo y le partió de golpe toda la parte superior de la frente, casi hasta la coronilla. Se desplomó de una pieza. Sin poderse controlar, Raskólnikov agarró el bulto, lo volvió a soltar y escapó hacia el recibimiento.

El terror iba dominándole más y más, sobre todo después de aquel segundo asesinato, totalmente inesperado. Quería huir de allí cuanto antes. Y si en aquel momento se hubiera hallado en condiciones de analizar las cosas y razonar si hubiera podido imaginar todas las dificultades, el horror y la incoherencia de su situación desesperada, percatándose además de cuántos obstáculos y cuántas atrocidades tendría que superar y cometer aún para escapar de allí y llegar a su casa, es muy probable que lo hubiera abandonado todo y se hubiera entregado a la justicia, y ni siquiera por miedo sino por el horror y la repugnancia que le inspiraba lo que había hecho. La repugnancia, sobre todo, se alzaba y crecía dentro de él a cada minuto. Por nada del mundo habría vuelto ahora hacia el cofre ni a la habitación.

Empezaba a embargarle paulatinamente cierto aturdimiento o incluso algo así como un espejismo: había momentos en que parecía inhibirse o, mejor dicho, olvidarse de lo esencial para fijarse en los pormenores. Sin embargo, al asomarse a la cocina y ver un cubo medio lleno de agua encima de un banco se le ocurrió la idea de lavarse las manos y lavar el hacha. Tenía las manos manchadas de sangre y pegajosas. Metió la cabeza del hacha en el agua, cogió un trozo de jabón que había sobre el poyo de la ventana en un platillo desportillado y empezó a lavarse las manos en el cubo. Cuando las tuvo limpias, sacó el hacha, lavó la parte metálica y luego estuvo un buen rato, unos tres minutos, relavando el mango de madera en los sitios ensangrentados e incluso frotando la sangre con jabón. Después lo enjugó todo con la ropa puesta a secar en una cuerda que cruzaba la cocina y estuvo mucho tiempo examinando el hacha junto a la ventana. No quedaban huellas; únicamente el mango estaba todavía húmedo. Colgó con cuidado el hacha del lazo, debajo del gabán, y pasó a inspeccionar el propio gabán, el pantalón y las botas, en la medida en que se lo permitía la escasa claridad de la cocina. Exteriormente y a primera vista, no parecía que hubiera nada. Sólo las botas tenían algunas manchas. Mojó un trapo y las frotó con él. Aunque sabía que la poca luz no le permitía ver bien y quizá hubiera algo que saltaba a la vista y él no discernía. Se detuvo, absorto, en medio del cuarto. En su interior cobraba cuerpo una idea angustiosa y tétrica: la idea de que enloquecía y en ese instante era incapaz de razonar, de defenderse, incluso que quizá no debería hacer lo que estaba haciendo... "¡Dios mío! ¡Tengo que huir, huir!", murmuró y corrió al recibimiento. Pero allí le esperaba un sobresalto como no había experimentado nunca.

El terror iba dominándole más y más, sobre todo después de aquel segundo asesinato, totalmente inesperado. Quería huir de allí cuanto antes.



Se quedó quieto, sin dar crédito a lo que veía: la puerta, la puerta exterior que daba del recibimiento al descansillo, la misma a la que él había llamado hacía un rato y por la que había entrado, no estaba cerrada sino entreabierta cosa de un palmo. ¡Todo el tiempo, durante todo ese tiempo, no había estado cerrado el cerrojo, ni siquiera echado el pestillo! Cuando él entró, la vieja no lo hizo, quizá por precaución. ¡Pero, Dios! ¿No había visto luego a Lizaveta? ¿Cómo no cayó en la cuenta de que de alguna manera había entrado, de que no se había filtrado por las paredes?

Corrió la puerta y echó el cerrojo.

(1) Antigua medida rusa equivalente a 0,71 m.

...ece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

batalla naval

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. En cada uno se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.

A.

Hileras: 0, 2, 4, 1, 3, 2, 3, 0, 1, 4

Columnas: 2 4 0 3 1 3 1 2 3 1

Figura 1: 1 Acorazado; 2 Cruceros; 3 Destructores; 4 Submarinos; Agua

B.

Hileras: 0, 4, 3, 0, 2, 4, 0, 4, 2, 1

Columnas: 0 5 1 1 4 1 1 3 1 3

Figura 2: 1 Acorazado; 2 Cruceros; 3 Destructores; 4 Submarinos; Agua

cruci - clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

FUERZA, BRÍO · PREVIAMENTE · SECCIÓN DEL INTESTINO DELGADO · PÓRTICO, ENTRADA · HONRA, PRESTIGIO · SUBID LA BANDERA · EXPERIMENTAR SENSACIONES · COSA RICA · DE NOSOTROS · AVE PALMÍPEDA · ANTIGUO NOMBRE DE IRLANDA · PARADISÍACO · EXCURSIÓN, VIAJE · TIENE TOS · MATERIA COLORANTE AZUL · DEL CAMPO · PROVOCAR, ESTIMULAR · QUITARÁS LO AJENO · GOLPEAR ALGO VIOLENTAMENTE · SUMO SACERDOTE HEBREO · EMPUJEN CON LOS REMOS · DERIVADO DEL AMONÍACO · MARCA DEPORTIVA · MUEBLE PARA DORMIR · ENOJAR, IRRITAR · ALEMANA · DEL EJÉRCITO · ESCUCHAN · (...-SUTRA) LIBRO ERÓTICO SÁNSCRITO · SALDRÁS DEL VIENTRE MATERNO

crucigrama

Columnas: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 — Hileras: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 1

AYUDAS: ÑANDUBAY, OOSPOROS

HORIZONTALES

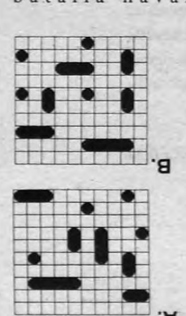
1. Arbol americano.
2. Señale la tara de los embalajes./ Cómico.
3. Que desea intensamente una cosa (fem., pl.)./ Extraordinario, extraño.
4. Número de cartas que, en ciertos juegos, recoge el que gana./ Caracteres de escritura de los antiguos alfabetos escandinavos (pl.).
5. Altar./ En Argentina, una antigua marca de gaseosas.
6. (Alberto) Actor italiano./ (Roger) Descubridor de Brigitte Bardot.
7. Enfermedad juvenil de la piel./ Interjección para animar al torero.
8. Segmento final del intestino grueso./ Día de la semana.
9. Uno de los cinco continentes./ Zorra.
10. Departamento de Francia./ Distraídas.
11. Huevos de las algas.

VERTICALES

1. Saliva espesa (pl.)./ Tipo de guiso.
2. Mujer varonil.
3. Avivar el fuego./ Fundador del imperio persa.
4. Ninguna cosa./ Tratándose de una carta o documento, completado con la fecha.
5. El que obra violentamente.
6. Plural de vocal./ Abreviatura de "Requiéscat in pace".
7. Conjunto de operaciones necesarias para hacer visible una imagen fotográfica.
8. Agobia, preocupa./ Aupar.
9. Unidad monetaria de China./ Gracioso.
10. Quebradizos.
11. Zoológicos./ Arrancar el cabello o la barba con las manos.

soluciones

batalla naval



cruci - clip



crucigrama

